

Reapropiarse de las imágenes ha sido una constante a lo largo del virreinato; sin embargo, el siglo XVIII marcó un hito en tanto los artistas novohispanos introdujeron elementos propios al representar los pasajes bíblicos. María del Consuelo Maquívar nos aclara que una de las figuras “predilectas de los cristianos de todos los tiempos ha sido la del Niño Jesús y, por extensión, la de la Virgen María niña”, referencia que ha sido tratada no sólo en los escritos tridentinos, sino en los murales empleados por las órdenes religiosas que tenían

como presupuesto el que el aprendizaje religioso y la experiencia visual ante la imagen iban de la mano. Así, la representación de la epifanía (la primera vez que Dios encarnado se manifestó a los hombres), la circuncisión, la presentación en el templo, o la infancia de la virgen María, conducen al lector hacia la fuente que los produjo: a un creador ubicado en su contexto, más que a un hecho mostrado en términos positivos.

Por último, el trabajo de Delia Salazar reflexiona sobre el papel de los documentos y la memoria histórica

familiar. ¿Cómo se reúnen los documentos que sirven como fuente para la historia? ¿Cuál ha sido el papel de los documentos familiares como acervo histórico? ¿Qué se rescata de los papeles de familia? La reconstrucción del pasado familiar sirve así como contexto para introducirnos al binomio recuerdo y olvido, binomio que, más allá de restringirse al mundo hogareño, apunta a una de las preguntas centrales del quehacer histórico, que la selección de los documentos como fuente para reconstruir e interpretar el pasado.

La relación fragmentada

Pablo Escalante Gonzalbo

Rodrigo Martínez Baracs, *La perdida* “Relación de la Nueva España y su conquista” de Juan Cano, México, INAH, 2006.¹

Hoy en día se escriben infinidad de libros y artículos, de nuestra disciplina y de todas las demás. El imperativo de escribir y publicar trabajos históricos da como resultado que salgan a la luz libros en los cuales todavía no alcanza a tomar forma una idea. La prisa de escribir y publicar ocasiona descuidos; se ha extendido, por ejemplo, el hábito de omitir la revisión ex-

haustiva de antecedentes historiográficos y colecciones documentales: la erudición se considera vetusta. Distráidos en hacer homenajes, nos hemos olvidado de lo fundamental: aplicar las enseñanzas de nuestros maestros, que son como nuestros padres y abuelos; honrar, así, su memoria.

Pues bien: nada de lo que he dicho es aplicable a la obra de Rodrigo Martínez Baracs. Si la buena erudición histórica sobreviviera sólo en un colega, ese sería Rodrigo; si quedara sólo un historiador preocupado por la exactitud y pulcritud del aparato crítico, probablemente sería Rodrigo también. Pero la obra de Rodrigo Martínez tiene muchos otros méritos: uno fundamental es que está, en mi opinión, magníficamente escrita. Es clara, es exacta. Por otra parte, Rodrigo sabe muy bien que es

un desperdicio de papel y del tiempo de todos hacer un artículo o un libro si no es para discutir, por lo menos, media docena de ideas nuevas.

No tengo tiempo para exponer aquí de qué manera las preocupaciones de Rodrigo Martínez, los asuntos que le interesan, se van enlazando de uno a otro de sus trabajos. Puedo decir, por ejemplo, que es un seguidor especialmente tenaz de las pistas guadalupanas. Sus trabajos sobre Peribán y Ocotlán exploran aspectos importantes relacionados con la continuidad de la tradición religiosa indígena, y la formulación colonial de símbolos, parajes, ritos de encuentro. Sus notas sobre las apariciones de Cihuacóatl, o aquellas sobre el Santuario de los Remedios, pero incluso sus reflexiones sobre Tetzco y el *Códice Ixtlilxóchitl*, son todos ellos estudios en los que el

¹ Texto leído en la presentación del libro en la Dirección de Estudios Históricos del INAH, el jueves 26 de abril de 2007.

asunto guadalupano vibra de una u otra manera. En este estudio sobre la obra de Juan Cano también aparece el tema de la Virgen de Guadalupe, en la muy interesante idea de que Isabel Moctezuma pudo haber tenido un papel en la instalación del culto: Alonso de Grado y Juan Cano, primero y tercer maridos de Isabel, y Hernán Cortés, padre de uno de sus hijos, eran extremeños. La importancia que tuvo el Tepeyac en la organización de la sección del ejército comandada por Sandoval, también extremeño, es otro de los datos señalados por Rodrigo Martínez en su afán de no perder de vista a la Virgen de Guadalupe. Pero pasemos a la materia central del libro.

La perdida Relación de Juan Cano

Recuerdo el panel central del tríptico de *Las tentaciones de San Antonio*, del Bosco: esas elevadas llamas envueltas en humo negro que salen de un poblado; cosas macabras suceden en el primer plano y los demonios vuelan. Pienso en esas imágenes cuando leo sobre la conflagración de Tepeaca provocada por Cortés; quemados los maizales, quemadas “las hermosas casas” y “los aposentos muy buenos e bien labrados”. Un testigo presencial de aquella matanza, Juan Cano, recuerda que los tlaxcaltecas, aliados de los españoles, se comían a sus adversarios en las calles. Los comían cocidos y asados, dice Cano, con la voz que le presta Zorita; lo que nos permite imaginar, indistintamente, ollas grandes y fogatas en las calles de Tepeaca.

A la manera de O’Gorman, en su trabajo sobre *El libro perdido* de Motolinía, Rodrigo Martínez se propuso la tarea de reconstruir el contenido de la perdida “Relación de la Nueva España y su conquista”, de Juan Cano, conquistador que formó parte de la ex-

pedición de Narváez, se unió a Cortés, y gozó de cierta prosperidad después de la conquista, debido —al menos en parte— a su matrimonio con Isabel Moctezuma, Tecuichpo Ichcaxóchitl.

La principal fuente empleada por Rodrigo en esta tarea es la *Relación de la Nueva España* de Alonso de Zorita, dentro de la cual se encuentra lo que puede recuperarse de la relación Cano. La obra de Zorita fue publicada por primera vez de manera completa apenas en 1999, y son esta paleografía y esta edición, realizadas por Ethelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahrndt y José Mariano Leyva, las que utiliza Rodrigo.

Al parecer fue en la tercera parte de su “Relación”, referente a la conquista, donde Zorita utilizó con más intensidad la obra de Cano. A menudo lo menciona directamente y entonces no hay duda sobre la procedencia del material. En los casos en los que no hay una confirmación explícita de que se está utilizando a Cano, Rodrigo ha separado los elementos que proceden de Cortés y de López de Gómara, aprovechados también profusamente por Zorita, y ha tratado el remanente como una probable versión de Cano —lo cual ha buscado confirmar por medio de un cotejo con otros manuscritos vinculados al conquistador cacereño—.

Estos manuscritos consisten tanto en narraciones de Cano como en versiones que se allegó y tuvo en su poder para documentar cuatro diferentes temas: 1) las “Informaciones franciscanas de 1532”, debidas probablemente a Olmos y Motolinía. 2) Un interesante “Diálogo de 1544” sostenido entre Fernández de Oviedo y Juan Cano, y transcrito a manera de moderna entrevista. 3) “La información de 1548-1553” sobre los bienes patrimoniales que le correspondía heredar a doña Isabel Moctezuma. 4) Y, finalmente, un “Memorial reservado” de Juan Cano a su hijo Juan

Cano Saavedra, sobre crímenes cometidos por Cortés, del cual hay noticias y se conoce un fragmento pero no la versión original y completa.

Conforme se avanza en la lectura del libro puede apreciarse el beneficio del cotejo con estos otros documentos, que no sólo permite confirmar la presencia de Cano detrás de tal o cual pasaje de Zorita, sino incluso llenar huecos. Así, por ejemplo, cuando Zorita llega al episodio de la matanza de Cholula, ofrece la versión de Hernán Cortés; dice que Juan Cano tenía una versión distinta de los hechos, pero no la transcribe. El texto de la entrevista con Fernández de Oviedo permite saber cuál era la versión que daba Cano de esos hechos: que “en aquella ciudad pidió Hernando Cortés tres mil indios para que llevasen el fardaje, e se los dieron e los hizo todos poner a cuchillo, sin que escapase ninguno”.

Sin embargo, cuando habla de la matanza de Cholula, Juan Cano habla de oídas. Zorita lo sabe, y valora más aquellas partes del relato de Cano que se refieren a los sucesos que presenció. La historia que Cano vivió se inicia con el envío de la expedición de Narváez, desde Cuba, y se une a la historia general de la conquista de México sólo después de la batalla de Cempoala, librada entre los ejércitos de Cortés y Narváez.

El relato de la difícil travesía de Santiago de Cuba a San Juan de Ulúa es una de las contribuciones más originales de Cano, según observa Martínez. En dicho relato hay detalles que no menciona ninguna otra fuente, como aquel recorrido en tierra que tuvieron que hacer los hombres de Narváez, por un malpaís tan pedregoso que gastaron trece pares de alpargatas cada uno.

En la versión de Cano, Diego Velázquez no enviaba a Narváez para castigar a Cortés sino para auxiliarlo, y Narváez no rechazó la mediación de Vázquez de Ayllón, sino que

se limitó a desconocer su jurisdicción en el asunto y le pidió que regresara a Santo Domingo. Diego Velázquez sale bien librado en la “Relación” de Cano, y tanto él como Hernández de Córdoba y Grijalva tienen en ella un lugar como iniciadores de la empresa que sería concluida por Cortés.

La relación de Cano parece haber sido especialmente interesante en el tema de los contactos diplomáticos, que posiblemente ocurrieron tras el desembarco de Pánfilo de Narváez y al conocer los indios de la existencia de un conflicto entre los españoles. Cano transmite la versión de que Moctezuma habría intentado hacer una alianza con Narváez, misma que éste habría rechazado. Tampoco sería imposible, en opinión de Rodrigo, que Cuitlahuac y Cuauhtémoc hubieran procurado ese acuerdo con Narváez, y que la expectativa de la alianza alentara la rebelión ocurrida en México cuando Cortés salía a enfrentar a Narváez.

Por su parte, Cortés intentó convencer a los hombres de Narváez de desertar y unírsele; y en esta intriga habría tenido un importante papel el fraile mercedario Bartolomé de Olmedo, a quien Juan Cano da el chusco nombre de Bartolomé Mañoso. Acaso buscara denigrar al religioso, con el seudónimo de mañoso, como piensa Rodrigo, aunque Cano utiliza el mismo calificativo para Cortés; y en ese caso la connotación peyorativa del adjetivo se ve matizada con el elogio de su audacia. Sobre Cortés, dice Cano: “y así se conservó como mañoso, porque en todo era muy prevenido y como prudente y sabio, procuraba evitar los inconvenientes...”.

Sobre la deslealtad de los hombres de Narváez no queda más duda que saber si Cano formó parte de los que depusieron las armas para no combatir a Cortés o de los que lucharon del lado de Narváez. El relato hecho por Cano de la batalla de Cempoala es in-

tenso, aunque deja, como el de Bernal Díaz, un regusto chocante: el modo en que Narváez se va quedando solo, lo cañones que nadie dispara o que tienen la pólvora mojada, el pinchazo en el ojo de Narváez. Este piquetazo en el ojo que, dada la soledad de Narváez, equivalía a su derrota, es puesto por Cano, según nos lo deja ver Zorita, en el contexto de una reflexión sobre la superioridad del armamento de la gente de Cortés: ellos llevaban unas picas muy largas, y los de Narváez sólo “pequeñas lanzas, y pocas”. Los hombres de Narváez que se negaron a unirse a Cortés tras el zafarrancho —entre ellos, algunos de sus capitanes— anduvieron “por los caminos” y al final fueron sacrificados por los indios de la región.

El interés mayor de una obra historiográfica como la de Cano, que se refiere a un conjunto de episodios bastante conocidos, estriba sin duda en las diferencias que ofrece respecto de otras obras, y en particular respecto de las versiones, digamos, canónicas, de la conquista (Cortés, López de Gómara, Bernal Díaz). Rodrigo Martínez utiliza la expresión “tradición marginal” para referirse a aquellas versiones de Cano que difieren o contradicen el relato más aceptado y que se encuentran también en otros historiadores secundarios de la conquista. A esta tradición marginal pertenecería la información según la cual Cortés encontró a doña Marina en Cozumel y no en Tabasco. E igualmente la información de que doña Marina habría sido en algún momento pareja o esposa de Jerónimo de Aguilar.

También resultan interesantes los énfasis y las precisiones que Cano agrega a episodios narrados por otros conquistadores. El hecho de que hubo muchos españoles que decidieron quedarse en Tenochtitlan durante la llamada “noche triste” y que allí murieron, cuando el hambre los obligó a

rendirse, no suele citarse cuando se hacen recuentos de la conquista, pero está mencionado, según nos recuerda Rodrigo, en López de Gómara y en Francisco de Aguilar. Cano lo detalla en su “Relación” y también en su entrevista con Oviedo, y sitúa la cifra de los que se quedaron entre 260 y 270 soldados.

También hay, por supuesto, versiones u opiniones exclusivas de Cano, que no encontramos en ningún otro autor. Su verosimilitud es variable, pero resultan interesantes no sólo por los datos que proporcionan sino por la manera en que nos permiten contemplar las circunstancias, los intereses y el litigio de Cano. Sólo Juan Cano pudo escribir unas líneas elogiando la participación heroica de Juan Cano en el sitio final de Tenochtitlan. Si el salto de Alvarado fue digno de registrarse, Cano ofreció a la posteridad la crónica de su propio, pequeño salto: junto a un tal Becerra, se zambulló en un canal, para tomar cierta albarrada desde la cual los mexicas les hacían mucho daño y les impedían avanzar.

Si en la “Relación” de Cano, reconstruida aquí por sus fragmentos, hay un *leitmotiv*, éste parece ser, según la lectura de Rodrigo, la afirmación de la honorabilidad, dignidad y liberalidad de Moctezuma. El reconocimiento al mérito de Cortés es parco y no está exento de reclamaciones. La personalidad de Moctezuma crece; también la legitimidad de su estatus y fortuna. Este tratamiento de la historia de la conquista desemboca en el reconocimiento de la hija legítima y única heredera viva de Moctezuma para la época en que Cano escribe: Tecuichpo Ichcaxóchtli o Isabel Moctezuma, la esposa de Juan Cano.

Cano ofrece una imagen descomunal de la riqueza y elegancia de los palacios y de la nobleza mexicana. Imagen que Rodrigo estima como probablemente exagerada. Por otra parte, al

exaltar las cualidades de las instituciones políticas precolombinas, Cano se sitúa en una posición muy semejante a la que sostuvo Zorita: ambos lamentaban, a fin de cuentas, que los españoles hubieran alterado las formas de gobierno existentes. Esta afinidad ayuda a entender el interés del oidor en la obra de Juan Cano.

Cano lamenta el cautiverio que impuso Cortés a Moctezuma, lo considera innecesario y reitera que, incluso en las peores condiciones, Moctezuma mantuvo su lealtad. Esta posición, que efectivamente se desprende de los pasajes de Cano aprovechados por Zorita, se contradice, sin embargo, con la información de que Moctezuma habría tratado de hacer un acuerdo con Narváez, información que Cano acepta.

En la dramática secuencia que va del ataque a los danzantes del templo Mayor —perpetrado por Alvarado— a la muerte de Moctezuma, Cano ofrece algunos pasajes distintos e interesantes: destaca, por ejemplo, la tristeza que produjo en Moctezuma la matanza. Allí Cano parece recuperar una versión de la tradición oral indígena que subrayaba el llanto de Moctezuma. Más adelante Cano explica que Alvarado acudió ante Moctezuma para pedir perdón por la matanza; le explicó que había actuado convencido de que los guerreros mexicas pensaban atacarle y le pidió que tranquilizara a la gente. Moctezuma no sólo ordenó de inmediato que cesara la revuelta, sino que, además, le dijo a Alvarado que habría dado la orden más pronto si el capitán español se lo hubiera pedido antes.

Cuando Cortés regresó a Tenochtitlan después de lo de Narváez, Alvarado le propuso un ardid para calmar los ánimos en la ciudad. Cortés debía aprehender a Alvarado y fingir que lo mataría para castigarlo por su actuación; entonces Moctezuma —que por lo visto estaba de acuerdo en el plan—

pediría a Cortés que perdonara a Alvarado. Con esto se habría dado cierta satisfacción a la gente al demostrar la disposición de Cortés a castigar los excesos de sus capitanes. Pero Cortés, que llegaba muy soberbio por su victoria contra Narváez, trató de hacerlo a Moctezuma y dijo que no lo quería ver. Tales son las perlas que rescata Rodrigo Martínez en la “Relación” de Zorita, cuando reconstruye la versión de Juan Cano.

En el delicado tema de la muerte de Moctezuma, Cano elabora con detalle la versión que exime a los dos bandos de responsabilidad en el homicidio; una versión rebuscada pero acaso cierta y que otros autores respaldan: Moctezuma no fue asesinado por los españoles ipero tampoco por los mexicas; se habría tratado de un lamentable accidente. Un soldado español quiso proteger a Moctezuma con una rodela en el momento en el que éste salió al balcón para pedir que cesara la revuelta. La rodela que debía proteger al emperador sólo sirvió para impedir que sus súbditos lo reconocieran. En la entrevista de Cano con Fernández de Oviedo, que Rodrigo utiliza para confirmar el origen de ese pasaje que encuentra en Zorita, se lee: “Montezuma murió de una pedrada que los de fuera tiraron, lo cual no se hiciera si delante de él no se pusiera un rodadero, porque como le vieran, ninguno tirara; e así, por le cubrir con la rodela e no creer que allí estaba Montezuma, le dieron una pedrada, de que murió”.

Un final digno para Moctezuma, que no muere agredido deliberadamente por su gente, tampoco atravesado de abajo hacia arriba por una espada, sino por accidente. Y también obtiene Cuauhtémoc mayor dignidad cuando Cano nos lo muestra, no en la acción de salir furtivamente de Tlatelolco, a bordo de una piragua, sino a la cabeza de “un gran escuadrón” de embarcaciones. El escape solitario se con-

vierte en una maniobra militar. Juan Cano también matiza las cosas cuando narra el martirio de Cuauhtémoc, pues responsabiliza directamente a Cortés, y no al tesorero Alderete, de la aplicación del tormento. Y detalla la barbarie: “lo puso en un gran cepo y un brasero a los pies, y le untaban con aceite las plantas dellos, para que dixese del oro. Y fue tan atormentado que se le caían los dedos de los pies....”.

Hay que decir también que el trabajo de Rodrigo examina cuidadosamente los argumentos de Cano sobre la genealogía de su esposa, a quien presenta como descendiente del linaje real tepaneca cuando esto conviene a su propósito de retener la encomienda de Tlacopan, y luego como descendiente de Ahuítzotl cuando concentra su atención en la defensa de sus derechos (los de su mujer y en esa medida los suyos) sobre el patrimonio mexica. Pero no puedo ya entrar en los detalles de esa materia.

Historias en la historia

Las pequeñas historias que aparecen aquí y allá, a lo largo del libro, hacen su lectura muy placentera. Me refiero a las breves narraciones que nos absorben porque reúnen los detalles necesarios para recrear momentos singulares, a veces insólitos. Algunas las examina Rodrigo cuando valora su posible origen en la obra de Cano; otras, cuando documenta sus pesquisas con otras fuentes, escudriñando en pasajes que no suelen citarse muy a menudo. De las *Décadas* de Herrera, por ejemplo, saca unas palabras que evocan el ambiente de sedición que se vivía en Nueva España tras la desastrosa Primera Audiencia (en 1531); los indios atacaban a los españoles: “cada día mataban muchos castellanos por los caminos, de manera que no había ninguno seguro”. Y de Andrés Cavo toma la imagen de

Cortés —que asumió la vigilancia nocturna para contener la sedición— galopando por las calles de la ciudad de México, de noche, seguido de otros doscientos caballeros, “e hizo castigos ejemplares, quemando vivos y aperreando a varios de los presuntos delinquentes”.

Debió ser en este clima de zozobra, de los años treinta, cuando Motolinía escuchó y dio crédito a las versiones sobre ataques de jaguares; versiones que muestran una especie de reivindicación mágica de los indios, un castigo inusual, aplicado a los españoles más brutos por emisarios de una justicia antigua, que los jaguares atacaban a los españoles y dejaban ilesos a los indios, dice Motolinía. Y refiere convencido varios casos. El más llamativo es el de un español que venía de Guatemala con sus cargadores indios, a quienes trataba con crueldad y desprecio. Cierta jornada, les alcanzó la noche en el camino y se vieron forzados a acampar en un collado. El español obligó a los indios a acostarse formando un círculo y él se tendió a dormir en el centro, temeroso del ataque de alguna fiera. Llegó el jaguar, saltó el círculo humano sin lastimar a los indios, atrapó al español y lo llevó a una enramada cercana, donde lo devoró.

El examen detenido de cualquier historiografía, y seguramente más cuando se exploran tradiciones mar-

ginales y se pone atención a detalles que no atañen a los hechos más conocidos, arroja siempre momentos desmesurados, personajes insólitos, incluso extravagantes. Podría hacerse una colección de estos personajes y de sus grandes momentos: en esa colección tendría que figurar “Heredia el viejo”, “que era vizcaíno y tenía mala catadura en la cara, y la barba grande y la cara medio acuchillada, y un ojo tuerto, y cojo de una pierna”, a quien envió Cortés para que él solo, exhibiendo su fealdad y dando tiros al aire, ahuyentara a una guarnición mexicana asentada cerca de Cempoala. Esto lo cuenta Bernal Díaz para que los lectores “vean las mañas que tenía Cortés”. Y ya lo decía Juan Cano, que Cortés era mañoso.

También “Cervantes el loco” debería aparecer en esa lista de personajes insólitos. Rodrigo lo detecta en la “Relación” de Cano y nos recuerda el pasaje de Bernal Díaz, en el cual el loco surge como un bufón, advirtiendo a Velázquez, entre chanzas y charrerías, que ha sido mala idea elegir a Cortés para encabezar la expedición: “A la gala, a la gala de mi amo Diego. ¡Oh, Diego! ¡Oh, Diego! ¡Qué capitán has elegido, que es de Medellín de Extremadura, capitán de gran ventura, mas temo, Diego, no se te alce con la armada porque todos le juzgan por muy varón en sus cosas!”

Muy varón, muy mañoso. De todas las mañas, la más sombría parece ser la que desplegó para tomar como mujer a Doña Isabel Moctezuma. Rodrigo no ha podido usar más que el fragmento, transcrito en 1882, de la carta o memorial reservado que Juan Cano dirigió a su hijo Gonzalo, en la cual acusaba al venturoso capitán de Medellín de haber forzado a Isabel Moctezuma, a quien llevó a vivir a su casa, y de haber ahorcado a Catalina Juárez, su legítima esposa, para que no le estorbara en su afán de compartir el lecho con Isabel. En la versión de Cano, sería la lujuria del capitán la motivación detrás del asesinato. Motivación, acaso, más poderosa que la sola furia desencadenada en una pelea, tras el reclamo que le habría hecho Catalina a Cortés por su interés en el hijo que le había dado la Malinche, según otras versiones.

La perdida “Relación de la Nueva España y su conquista” de Juan Cano es una obra rica en datos, reflexiones, preguntas y conjeturas interesantes. Creo que recupera nuestra mejor tradición de edición crítica de obras históricas, aquella a la que pertenecen, por ejemplo, las ediciones de O’Gorman de los *Memoriales* de Motolinía y de la *Historia natural y moral* de Acosta. Salvo que, en el caso que nos ocupa, el ejercicio tiene la originalidad y la audacia de ejecutarse sobre una obra inexistente.

